

EL TEATRO DE BATAILLE

La temprana muerte del ilustre literato francés priva al arte escénico de un temperamento fecundo y original, que sin haber llegado todavía a la plenitud de la madurez, había traspasado ya con su esfuerzo creador aquella misteriosa frontera en la que se juntan para separarse el respeto a la tradición y la inquietud renovadora del artista. Si se aspira a dejar huella permanente en la obra, es indispensable romper con el pasado, buscando la orientación que nos permita afirmar la propia personalidad. Para llegar a ese fin, no basta con el dominio de la técnica de un género. Hay que ir, sin menosprecio de la cultura externa, a otros más trascendentes descubrimientos en la sensibilidad humana. ¿Es posible vaciar en el molde escénico la integridad de la vida del espíritu? ¿Cabe dentro de los lindes, convencionales en el tiempo y en el espacio, de una obra, el tumulto de pasiones y de ideas, lo que fluye de la subconciencia y lo que procede de la razón; lo que viene de la sensibilidad y lo que es producto de nuestra deliberación consciente? Todas esas corrientes vitales que rivalizan por imponerse dentro del alma humana, empujándonos indefensos al bien o al mal, a la ventura o la desgracia, a la rebeldía o la resignación, ¿tienen el mismo derecho a ser recogidas, expuestas y comentadas por el dramaturgo? Hasta ahora el teatro había sido un arte de condensación pasional, en el que los más hondos problemas de la conciencia apenas podían ser traducidos verbalmente o con muy sobrios gestos. La tradición del género exigía ese esfuerzo de simplificación, que era, por otra parte, un homenaje al gusto social. Quebrantar aquella costumbre dando a la obra dramática los desordenados ensanches de la novela, equivalía a exponer al autor al fracaso. Nuestro insigne Galdós conoció más de una decepción sobrevenida en pos de tales nobles intentos. No viola impunemente el artista ciertas rutinas, que en ocasiones declaran intangibles la complicidad de una crítica demasiado formalista, impotente para encontrar en la vida sugerencias pedagógicas capaces de regenerar un arte. Henry Bataille pasó en Francia por los mismos tránsitos de comprensión y de sarcasmo con que aquí fueron acogidas ciertas innovaciones de Galdós. Sin reputar ilegítimos sus hallazgos psicológicos, se pretendía, sin embargo, prohibirle que los expusiese en el teatro. La tradición había dispuesto que a la escena no viniesen más que ciertos caracteres, determinadas situaciones y muy contados conflictos pasionales, que constituían, por decirlo así, la armadura del género, y como Bataille entendía que los derechos del dramaturgo no debían estar limitados por ninguna

traba, llevó audazmente al teatro otras combinaciones sentimentales, otros conflictos entre la carne y la conciencia, nuevos para el público e imprevistos para la crítica. El atrevimiento pudo costarle caro, porque la gente no tolera la exhibición de ciertas desnudeces mo-

embargado los sentidos otro amor, sería feliz si no razonase, si se dejara ir a rastras de la naciente pasión que le absorbe; pero aquel hombre no puede pasar por ninguna experiencia sensual que no repercuta en su pensamiento, y por eso sufre. Si un cirujano pudiese amputarle

ruido de su rival conozca la verdad, estorbará que continúen las relaciones de su esposa con el pintor, y ésta volverá, arrepentido, a los brazos de su mujer. ¿Cómo hubiera resuelto Echegaray aquella situación? A la usanza española, o lo que es lo mismo, *ad usum barbaros*: con el tiro o el duelo. Era de rigor dentro de la escuela romántica. ¿Qué solución le da, en cambio, Henry Bataille? La más humana: la de que la vida trágica se estrelle en el escepticismo bien educado de un hombre que no sufre por la infidelidad de su esposa por la sencilla razón de que no la quiere. Su matrimonio no ha sido la alianza de dos corazones, sino el pacto del dinero con el linaje. En cuanto a *La marcha nupcial*, ¿qué ha pretendido revelarnos el autor? A mi juicio, toda la acción conduce a ponernos en guardia sobre lo que puede haber de peligroso e irreparable en la prematura elección de un amor. Hay que desconfiar de las apariencias falaces del amor que de ordinario se nos presentan en la juventud. La seducción de los sentidos no es bastante garantía para que hipotéquemos toda nuestra vida futura.

Es preciso que otro ser nos conquiste plenamente con las gracias de la sensualidad y los encantos del espíritu. ¿Hay tortura más honda para un temperamento delicado que la familiaridad cotidiana con lo vulgar? Todavía cuando esa vulgaridad es una condición de las cosas, podemos sustraernos a sus molestias; pero cuando reside en las personas que viven en la jurisdicción de nuestra ternura, la vecindad es un suplicio. ¿Por qué se suicida la heroína de *La marcha nupcial*, sino por haber averiguado tardíamente que cuando se precipitó en el matrimonio su alma no estaba aún madura para la pasión? Aquel pobre *quidam* adocenado, que es su marido, ¿qué puede ser ya para ella más que el viviente reproche de su propia conciencia por no haber sabido aguardar la hora propicia para el amor? A ser ella una hembra sin escrúpulos, todo se resolvería con la duplicidad usual en estos casos, con el engaño del marido; pero se trata de una mujer limpia de alma, de un ser de elección, inasequible a la perfidia, de una

mujer que no podría darse a medias. El conflicto entre el deber y el amor se plantea claro e imperioso. Una mística lo resolvería abrazándose a la cruz, símbolo de todas las desilusiones humanas. Ahora bien, aquella dama no es una mística. No está educada en el renunciamento. Ama la vida... Y, sin embargo, muere, porque la muerte es para ella más que un alivio, un indulto, la liberación de un peso que la abrumaba...

Manuel BUENO

— POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA —



— DEL RIÑÓN DE CASTILLA, DIBUJO ORIGINAL DE FRANCISCO ESTEVE BOTEY —

rales; pero como Bataille era poeta, supo atenuar aquellas desnudeces adicionándolas el lirismo necesario para hacerlas, no solamente tolerables, sino plausibles. En su obra, junto a los gritos de la pasión, se siente la melodía del pensamiento. Las almas gozan y se torturan, pero meditan, lo que hace aún más trágica su situación, porque asisten lúcidamente a las etapas de su dolor. ¿Os acordáis de *La Virgen loca*? Aquel marido que deserta su hogar sin haber dejado de amar a su mujer, porque le ha

el órgano en que reside la conciencia, aquel hombre sería dichoso.

Otras veces, Bataille encuentra el manantial de lo patético en la ingenuidad. ¿Cómo haber olvidado *La mujer desnuda*? Aquella criatura que no vacila en delatar las relaciones clandestinas de su marido, sin advertir que detrás de la delación acecha la tragedia, no procede por un impulso de venganza, sino cediendo a estímulos de la justicia sentimental engendrada en su corazón. Aquella justicia le dice que en cuanto el ma-

ZORRILLA Y TOLEDO

SIEMPRE que evocamos Toledo, la mágica ciudad de leyenda, surge en nuestro recuerdo, involuntariamente, el espíritu romántico de Zorrilla. Parecen como dos bellas ideas inseparables, como dos triunfales motivos en un poema único, iluminado de belleza y de gloria...

Es, por una parte, la alondra loca de la imaginación del poeta más español, apasionado de los esplendores de su patria, embriagado de sus creencias y sus sentimientos, adorador de lo fantástico y lo luminoso, amante de todo jirón evocador, de todo resto que guarde el perfume de un recuerdo o la fragancia de una leyenda...

Es, por otro lado, el brujo encantado de una ciudad que encierra entre sus piedras seculares las más floridas ensordeciones de la fantasía y que ofrece al caminante, bajo el áureo manto de su historia, el alma de una España que fué.

El deslumbrador cortejo de recuerdos, quimeras y evocaciones que laten en el corazón del poeta, halla un soñado medio en el ambiente legendario de la ciudad. El corazón encantado de Toledo halla un complemento en el de Zorrilla, que lo ama y lo canta con fervor, con orgullo y con cadencia de apasionado... El alma misteriosa de Toledo y el alma exaltada de Zorrilla se funden en una magna armonía de belleza, y de esta compenetración va surgiendo, alzada en el trono más resplandeciente, la Poesía, seguida de una triunfal cabalgata de ritmos, ecos, glorias, luces y colores.

Todo Toledo palpita en las estrofas de Zorrilla. De los versos del poeta van naciendo—como un mundo fantástico que toma vida y calor de realidad al conjuro de una mágica evocación—recuerdos y consejos, ruinas y castillos, templos y ermitas, torres y puertas, amores y desafíos, damas que esperan tras una reja e hidalgos que escalan un balcón... Son siluetas, escenas y momentos de la vieja ciudad; son los motivos que más bellamente resaltan en el romántico caudal zorrillesco...

«Negra, ruínosa, sola y olvidada...» Es la voz del poeta, que llora en el pasado de Toledo toda la inmensa tristeza de las cosas... Cálidas, sonoras, musicales, magníficas, van naciendo las estrofas en el alma del poeta, y hay en ellas, al desfilar, un vivo contraste entre los días gloriosos del ayer y los instantes desmedrados del presente. Surgen, en una triunfal evocación, los marchitos esplendores de Toledo, cuando se alzaba nimbada de victoria bajo el arco de la Media Luna. Ayer, la ciudad-leyenda resplandecía ebria de poderío, desbordante de joyas, encerrando en la maravilla de su cuerpo sensual un alma ardiente de mora; hoy se cubre con un ropón penitencial, se empapa en la fragancia doliente del alma de las ruinas; pero lleva sobre su frente, como un emblema, la cruz de nuestra redención, y en su pecho fulgura la divina antorcha de la fe. Ayer, el corazón de la ciudad florecía en danzas embrujadas, en gallardos torneos, en fiestas rebosantes de maga policromía, que se aunaba con la cegadora luminosidad del cielo toledano... Hoy, tras de la risa, la plenitud y la canción, sólo habían quedado la oración, el recuerdo y el sollozo...

Toda la riqueza de matices, todo el desbordamiento de luz y de colores que anidan en el espíritu de Zorrilla, han cristalizado bellamente en sus leyendas, jirones de nuestra raza, sobre los que el poeta va lanzando luminosos destellos de sol con que sentía iluminada su alma. Así, musicalizado siempre en su lírico derroche de versos vibrantes y sonoros, van naciendo las estrofas en que Inés de Vargas y un capitán de los tercios riman

en las calles toledanas, embrujadas de luna y de leyenda, el poema de su amor... Es el poema bello y romántico, que fué roto por la traición y epilógado por la voz del Cristo de la Vega, el Cristo en cuyo cuerpo los rubies de la sangre eran como rosas milagrosas de martirio y redención...

Es Toledo también el escenario de aquella aventura sobrenatural, que hace al galante y apasionado capitán Montoya cambiar por el hábito del fraile su espada reñidora y sus lujosos atavíos. Montoya asiste a sus propios funerales y escucha, pálido y tembloroso, los secos golpes con que unos enlutados abren la tumba en que han de sepultarlo para siempre. Contempla, irémulo, con los ojos abiertos atrozmente, su mismo cadáver, amortajado en un féretro al que cirios y blandones dan una luz lívida, temblorosa, agonizante... Y escucha, palpitante en el pecho el corazón con un ritmo de vértigo, una extraña sinfonía, de acentos horribles, discordes, desesperados, malditos, como si fuesen los compases de aquel «Miserere» que un romero músico escuchó entre las fragosidades de

las montañas en la noche, ungida de fragancias y misterios, del Jueves Santo... El «Miserere» que hizo penetrar las tinieblas de la locura en el alma del músico, porque éste, al quererle trasladar al papel, no pudo escribir, en su impotencia humana, aquel versículo grandioso, hecho de los más hondos gemidos y las más dolorosas desesperaciones, en que lloran su maldad los que fueron concebidos en el pecado...

De estos versos del poeta va surgiendo el pasado esplendoroso de Toledo. La ciudad silenciosa y magra, que es toda ella una inmensa leyenda de fuerte perfume evocador, renace en las estrofas de Zorrilla, con su aureola romántica y legendaria, sus ruinas gloriosas, sus templos arrancados a la Media Luna, sus tradiciones y consejos, sus calles retorcidas y misteriosas, donde aún parece que, junto a los hierros de una reja florecida de rosas fragantes y claveles encendidos, van a surgir el ruido y el centelleo de unas espadas que se cruzan... El poeta y la ciudad son latidos de un mismo corazón y deben arrullarse mutuamente con la cadencia de un amor. Zorrilla, porque supo encontrar en Toledo los motivos más bellos de su poesía, y Toledo, porque tiene en los versos de Zorrilla la corona triunfal de su leyenda...

José MONTERO ALONSO

VÉSPERO MANSO...

Dulce crepúsculo que caes prematuro en mi corazón: ¡por el descanso que me traes quiero darte mi bendición!

¡Por las puras tranquilidades en que me bañas el sentido! ¡Por estas claras soledades para mi espíritu rendido!

¡Véspero manso de la vida! ¡Estrella de mi atardecer! ¡Alumbras la ciencia escondida de olvidar y de comprender!

La dulcedumbre me traspasa de tu pureza y tu sosiego... ¡Mi carne era toda una brasa! ¡Mi corazón, arca de fuego!

Esclaves fueron mis sentidos de todas las concupiscencias. ¡Siempre avaros y estremecidos de arrebatos y de vehemencias!

¡Pobres sentidos que creyeron hollar la cumbre del amor! ¡Alegres siembras que trajeron negras cosechas de dolor!

Y ahora te enciendes, áurea y mansa estrella de mi declinar...

¡Cómo mi espíritu descansa en este claro sosegar!

¡Hora de claves misteriosas!... ¡Heridas sangrientas de ayer!... ¡En las heridas nacen rosas en este dulce atardecer!...

Y es, en mi paisaje interior, mi lucero crepuscular, como un signo revelador del comprender y el perdonar.

¡Perdón si algún día he mentado a las mujeres que me amaron! ¡Yo perdono lo que he sufrido por lo que a mí me traicionaron!

Perdono todas las traiciones. Hoy amo el olvido y el bien. ¡Si traicioné otros corazones, que ellos me perdonen también!

¡Véspero manso de la vida! ¡Estrella de mi declinar! ¡Alumbras la ciencia escondida del comprender y el perdonar!

¡Dulce crepúsculo que caes prematuro en mi corazón!... ¡Por el sosiego que me traes quiero darte mi bendición!

Alberto VALERO MARTÍN

LA PUERTA DEL SOL

TRAZO estas líneas sin propósito alguno alarmista; antes bien, con el ánimo y proyecto de que mis lectores se tranquilicen.

Días pasados ha circulado por Madrid una noticia un poco de «cine»: la Puerta del Sol se hunde. La noticia, cuyos fundamentos técnicos no discuto, no debe de haber hallado una acogida muy crédula en la gente, porque yo, que paso todos los días varias veces por la histórica plaza, he observado que, desde que la especie se echó a volar, cada vez pasa más gente por sus aceras y por su centro.

Por lo menos cuesta más trabajo andar por ella. A no ser que ocurra lo que un mi amigo afirma:

—Es que vienen cada día más personas por ver si presencian el hundimiento. ¡En Madrid es la gente tan curiosa!

Una de las cosas para que ha servido el rumor es para que nos enteremos de que la Puerta del Sol, tan bulliciosa y abigarrada por fuera—es decir, por encima—, por donde realmente tiene mucho que ver es por dentro—es decir, por debajo.

Ya había yo sospechado algo de esto desde que se inauguraron los evacuatorios. Tuve el honor de asistir a la inauguración de uno de ellos, y aquella salida del público, asomando primero la cabeza al ras del suelo, y luego el resto del cuerpo, como los sacerdotes en Aida

cuando acaban de condenar a Radamés, me pareció una risueña promesa para el porvenir.

En efecto; debajo de la Puerta del Sol hay bosques frondosísimos de árboles de distintos tamaños, bosques formados por las cañerías del gas, del agua y de otras cosas, que se entrelazan, chocan y cruzan de un modo harto salvaje. Hay ríos, corrientes de agua, arroyos, no precisamente cristalinos, pero sí de caudal respetable, y apacibles remansos. Hay montañas rusas, fosos y contrafosos. Y hay habitantes. Se podrá discutir si en la Luna los hay; pero es indiscutible que bajo la farola central, ombligo de Madrid, viven unos hombres, cuya organización social es la ronda, que llevan unas grandes botas, que les llegan hasta media pierna, y de los cuales algunos hasta fuman.

Así se comprende cómo el mortal que ha tenido la suerte de descender alguna vez a ese país mágico, cuando vuelve luego a la superficie tiene un gesto de desdén para todas las magnificencias de la vida exterior. ¿Qué vale el brillo de los escaparates, qué la belleza de las mujeres, qué el espectáculo del caballo de un simón que se caiga de anemia de cuando en cuando, al lado de todo lo que él acaba de ver allá abajo?

Pues sobre ese mundo de ensueño es sobre el que dicen que se va a derrumbar un día de estos todo el otro mundo de arriba. Repito que no lo creo; pero si el hecho se produjese, claro que lo primero que habría que hacer—después de curar a los heridos—sería averiguar las causas de la catástrofe.

Esto es siempre muy interesante. Para lograrlo, se mandaría instruir un expediente, ya que de todas ruinas surge siempre un expediente como jaramago maravilloso.

Y si yo fuera llamado a declarar como testigo en ese jaramago, digo en ese expediente, lanzaría como hipótesis lo que sigue:

—Una de las causas del llorado suceso, ¿no podría ser la aglomeración enorme, fabulosa, verdaderamente bíblica que en la Puerta del Sol se produce todos los años en la noche del 31 de diciembre?

Todos conocen aquella avalancha de gentío, verdadera riada humana, sobre la que parece flotar la bola del Ministerio; por si eso fuera poco, nótese que cada persona lleva consigo en esa noche de aquellarre por lo menos una docena de granos de uva. ¿Se concibe la cantidad estúpida de racimos que ello representa? No creo que a todo lo largo del puerto de Almería se haya visto nunca tanta uva junta... Lanzo esta hipótesis, porque me parece más fundada que la de creer que la Puerta del Sol se hunde cansada de soportar el peso del Ministerio de la Gobernación.

El expediente seguiría su curso, y puede que mis palabras no hubieran servido para nada. Me es igual. Repito que no creo en el hundimiento; pero si éste sobreviene, por aquello de que no hay mal que por bien no venga, el hecho nos ofrecería dos compensaciones indudables:

Primera. Que así podríamos ver, sin necesidad de viajes molestos, todas las maravillas de ese mundo interior de que tanto nos hablan y que hasta ahora la mayor parte no conocemos más que de oídas.

Segunda. Que al hundirse en los abismos el piso actual de la plaza, es indudable que la estación central del Metro quedaría mucho más cerca de nosotros, librándonos de la molestia de subir y bajar tantísimos escalones para salir o llegar hasta él.

En la actualidad está muy hondo. Y, ya que el Metro no viene a nosotros, vayamos nosotros al Metro.

Joaquín BELDA

EL ARTE ESPAÑOL EN PARIS UN ESCULTOR DE ANIMALES

MATEO Hernández es un artista compatriota nuestro que, como tantos otros, se ha revelado en el ambiente cosmopolita de París. Nacido en Béjar, lleva por apellido el patronímico de Hernández, por el cual nos es conocido algún imaginero del áureo siglo. Mientras Julio Antonio y Victorio Macho buscaban en sus andanzas por España vivientes y castizos documentos para escultóricas creaciones, Mateo Hernández se formaba en la capital de Francia, a donde había llegado muy mozo.

Cuéntase que en los primeros años, allá en su tierra natal, sirviéndose a sí propio de modelo, talló un Cristo en madera, y que se ejercitaba en el oficio de escultor arrancando a la piedra berroqueña la expresión sugeridora y transfigurante de la materia inerte. Refiérese que más tarde vivía en París una de esas vidas silenciosas u opacas, lejos de tertulias, cenáculos y Academias, visitando de vez en cuando los museos y frecuentando la naturaleza; y se dice asimismo que todas las mañanas, con un bloque de granito al hombro, y en una mano una caja con cinceles y martillos, iba al Jardín de Plantas a trabajar frente a frente de cualquier animal enjaulado, para reproducirle en la actitud más característica, o que, ya en su taller, se aplicaba al estudio de alguna naturaleza muerta o del retrato por medio de la pintura.

Esto, no más, es lo que se sabía de Hernández. Cierta día envió obras al Salón de Otoño, y la crítica le descubrió al punto, proclamando su raro talento. Vinieron luego el Salón de los Independientes y el de la Sociedad Nacional, y en ambos repitióse el triunfo. En menos de un año su fama quedaba consolidada.

Al igual que los animalistas egipcios y asirios, labra Mateo Hernández sus esculturas y relieves en las piedras de entaño más dura: el granito, la diorita, el basalto. Pero por ello, lo que a gentes vulgares pudiera parecer esnobismo, no lo es. Los materiales más indóciles se han hecho para que espíritus recios los dominen. Y en Mateo Hernández, el bravo español que lleva dentro, le exige, pavor concreto y exaltar su personalidad artística, un esfuerzo que no se acomoda fácilmente a las impresiones suaves o, mejor aún, a las modulaciones táctiles con que los dedos dotan al barro de for-

ves, como la de la entrada al baño o el friso de las cabras, sus preferencias le impulsan a esculpir en resistentes materiales figuras humanas y, sobre todo, de mamíferos y aves; la elástica pantera, el hocicudo hipopótamo, el cóndor altivo. La condición animal, maravillosamente sorprendida, no se disfraza aquí con enigmáticos simbolismos. Si el arte de Mateo Hernández deriva del orientalismo, no lo es por la significación religiosa, sino por lo que atesora de visión consciente y concienzuda del natural. Nada, pues, de pastiches ni de remedos arqueológicos, sino, por el contrario, la fiel transcripción de cada sér con sus definidas peculiaridades. La talla directa, fruto de sagaz observación, rechaza interpretaciones aprendidas en la historia del arte. Los vínculos que con lo antiguo tienen las obras de Mateo Hernández, no son, por fortuna, muchos. De modernidad innegable, por lo sinceras, ni desvirtúan los tipos del pasado ni se acogen a seculares prestigios. Su originalidad radica en la alta dosis de realidad, en la realidad misma enfrentada y confrontada para trocirla en independiente.

Sensible en grado elevado a lo que es declarada manifestación de vida, el escultor Mateo Hernández no desmiente su españolismo nativo. Españolismo que quizá debido al clima de París, huye de violencias, aspirando a la serena majestad de lo clásico y evitando todo aquello que lo caricaturiza, se libra de expansiones declamatorias. Tampoco le solicita la moral interesada y docente del fabulista: la verdad, espejo de existencia, se le ofrece sin complicados aderezos, y él, en su función de artista, la recoge en selectas y hermosas encarnaciones, desafiando la labor destructora del tiempo con la

transformación que el hálito más etéreo e impalpable organiza y vitaliza lo que hasta ayer era masa informe.

El caso de Mateo Hernández se presta a la consideración, por lo que instruye, para la educación artística. En otros tiempos, biógrafos como Giorgio Vasari habrían consignado algunos rasgos de este hombre que, surgiendo a la vida del arte en un medio poco propicio, acusa, apenas salido de la niñez, un temperamento bien dotado y logra desarrollarlo merced a tenaz esfuerzo. Primero contra la indiferencia o el escaso estímulo de las gentes indoctas, y luego contra el cúmulo de sugerencias tan diversas que en los grandes centros de población se reciben, ha tenido que luchar Mateo Hernández hasta hallar su verdadero camino. Y si al principio la falta de guía era un obstáculo, no había de serlo menos en París la desorientadora complejidad de un ambiente donde las mayores audacias logran, cuando no justificación, benévola disculpa.

Pensemos en Mateo Hernández, porque supo afirmar su voluntad. Imaginémosle en España acudiendo en calidad de alumno a una escuela de Artes y Oficios o de Bellas Artes, y es lo más probable que en tales circunstancias, escuchando de grado los buenos consejos de sus profesores, no hubiera llegado a la categoría de escultor que públicamente se le reconoce en París.

No ha de verse en las anteriores palabras censura para la función docente, encargada de formar artistas. España, país de un espléndido ayer y de un promotor mañana, no acierta a aprovechar el secular legado en beneficio de lo futuro, porque aquí ni se valora con juicio ni pa-

rece que hay afán por salir de rutinas. Entronizado, de una parte, lo viejo, y aceptada de golpe cualquier novedad—no siempre la que podría convenirnos—he-mos hecho, y acaso seguiremos haciendo, una labor infecunda en la mayoría de las cátedras.

Los vientos de reacción que soplan no son los más a propósito para enardecer las energías espirituales de la juventud. Cuando se lleva algo dentro—tal Mateo Hernández—, quizá el remedio y la salvación están en descastarse; lejos de la patria se siente el patriotismo con mayor intensidad. Mateo Hernández lo ha sentido, y nos lo brinda en su arte armonizado con lo universal. Una noción superior, pues, a la acostumbrada entre nosotros tenemos en el escultor animalista, cuyo nombre ha incorporado a la historia del arte la crítica francesa. Una vez más esa Francia, que es el horror de los inquisidores con que el pensamiento llamado nacional cuenta en todos los órdenes de la actividad intelectual, nos señala la existencia de un español artista. Su situación preeminente no permitirá que envíe obras a nuestras exposiciones oficiales; allí donde se lucha al calor de un credo o de una teoría, ha de experimentarse cierta repugnancia en alternar con menestrales del arte, que aquí, a falta de positivo talento, medran con la intriga y las mañas de la peor política.

Mateo Hernández—a quien no tratamos—representa el antiacademicismo y el reverso de la disciplina escolar. No nos toca celebrarlo. Tócanos, sí, tomar nota de ello y divulgarlo, por si su ejemplo contribuye a la liberación de algún muchacho que anhela, desde un lugar inhóspito del solar castellano, soñando con la conquista de un ideal.

Los que se han afanado últimamente por alcanzarlo, entre nosotros, antes de abandonar el territorio español, gustaron de recorrerlo tras la tenaz persecución de tipos en que la raza se concreta con rasgos inequívocos. Nunca encareceremos bastante a los que solivianta la preocupación de ser artistas el asiduo deambular por regiones y por parajes en que los hombres, los usos y las costumbres no han sufrido los rigores de las modas unificadoras y desustanciadoras. En España todavía restan elementos en cantidad y en calidad, que en manos de pintores y de escultores sensibles darian



Hipopótamo, tallado en granito negro.

mas animadas. Aunque a ratos se distrajera—ocupación de pastor—representando a golpes de navaja en un trozo de leño, bien la temerosa cierva o bien el filosófico marabú, y aunque a ratos también elija la blanda calcárea para relie-



Cóndor, tallado en granito negro.

insospechados frutos. Los certámenes que periódicamente se verifican a expensas del Estado denotan la pobreza de inventiva y unos cuantos cotos del lugar común. Hay, con todo, una España por explorar y por explotar.

Angel VEGUE Y GOLDONI

SABELINA, SU MADRE Y EL SOL

ÉRASE una buena mujer, que vivía en una casita gris. Como estaba sola, se aburría, y toda su ilusión era tener una hija que la hiciese compañía.

Un día que había ido al campo por hierba y se lamentaba como de costumbre, vió de pronto aparecer ante ella a un señor deslumbrante, que parecía vestido de fuego: era el Sol en persona.

—He oído tus quejas y me he apiadado de ti—la dijo—; ve a tu casa, donde hallarás la hija que tanto deseas; pero has de prometerme que cuando cumpla los doce años me la devolverás.

La buena mujer, loca de alegría, prometió cuanto se le pedía y corrió a su casa: en una cuna de seda dormía una nena rubia preciosa; después de comérsela a besos, la buena mujer la puso por nombre Sabelina.

La madre y la hija vivieron dichosas durante doce años; pero un día que la niña volvía del campo, adonde había ido a coger hierbas—la madre era ya demasiado vieja para ir ella—, dijo:

—Madre, he visto a un señor magnífico, que parecía vestido de fuego; se ha acercado a mí y me ha dicho que te recordara lo que le prometiste.

Al oír estas palabras, la pobre mujer se echó a temblar y se apresuró a cerrar puertas y ventanas; pero se le olvidó tapar el ojo de la cerradura, y el Sol envió uno de sus rayos, que cogió a la niña y se la llevó a su palacio.

El Sol era amable y bueno, y la niña no hubiera sido desgraciada con él de no atormentarla el recuerdo de su madre, a quien quería con toda su alma. Así, un día que el Sol la mandó al granero por paja, Sabelina se sentó, suspirando:

—Lo mismo que gime esta paja bajo mis pies, así gime mi corazón por mi madre.

Tanto tardaba, que el Sol se impacientó y gritó:

—¡Sabelina! ¿Qué estás haciendo?

—Tengo unos zapatos demasiado largos—contestó la niña—y no puedo dar un paso.

Y entonces el Sol le regaló zapatos más chicos.

Otro día la mandó a la fuente por agua, y la niña se sentó, suspirando:

—Lo mismo que canta este agua cristalina, así canta mi corazón la pena que siento por mi madre.

Y el Sol se impacientó y gritó:

—¡Sabelina! ¿Qué estás haciendo?

—Tengo la falda demasiado larga y no puedo andar.

Y el Sol la regaló un vestido más corto.

Otro día, el Sol la mandó al jardín a coger flores, y la niña se sentó en el suelo, suspirando:

—Lo mismo que se mustian estas rosas, así se mustia mi corazón pensando en mi madre.

—¡Sabelina! ¿Qué estás haciendo?—gritó el Sol, impaciente por su tardanza.

—Tengo un gorro demasiado ancho; me tapa los ojos y no me deja ver.

Y el Sol la regaló un gorro más estrecho.

Pero acabó por comprender que tenía pena, y por darse cuenta de lo mucho que pensaba en su madre y como era bueno, resolvió devolvérsela. Entonces llamó a dos zorros y les dijo:

—¿Queréis acompañar a Sabelina a su casa?

—Con mucho gusto—contestaron amablemente los zorros.

—Pero si en el camino tenéis hambre y sed, ¿qué comeréis y qué beberéis?

—Comeremos la carne de la niña y beberemos su sangre—dijeron los animales.

—Os agradezco la intención, pero prefiero prescindir de vuestra ayuda—dijo el Sol, y llamó a dos liebres.

—¿Queréis acompañar a Sabelina hasta su casa?—les preguntó.

—Con mucho gusto—contestaron las liebres.

—Pero si en el camino tenéis hambre y sed, ¿qué comeréis y qué beberéis?

—Comeremos la hierba de los prados y beberemos el agua de las fuentes.

—Me parece muy bien; os confío a mi hija.

Y los tres se marcharon. Sabelina, muy contenta, y las dos liebres muy ufanas con su misión.

En el camino, las liebres sintieron hambre y sed, y dijeron a la niña:

—Súbete a este árbol, al borde de este estanque, y no te muevas hasta que volvamos, después de saciar nuestro apetito.

La niña subió al árbol y las liebres se alejaron.

Al poco rato se acercó al estanque una bruja horrible; no tenía más que un ojo en medio de la frente y dos largos dientes en su enorme bocaza. Como era muy presumida, iba a mirarse en el agua del estanque, y quedó encantada al verse más bella de lo que nunca soñó, con dos ojos inmensos, una cabellera de oro y una hilera de dienteitos, que parecían perlas, en una boca menuda y fresca como una cereza.

—¡Qué linda soy!—exclamó, haciendo las muecas más grotescas del mundo.

En aquel momento oyó una carcajada argentina sobre su cabeza; miró, vió a Sabelina encaramada en las ramas del árbol y comprendió que había tomado por suyo el reflejo de la niña. Tal fué su rabia y tan grande su despecho, que resolvió comérsela.

—Baja, monina—le dijo melosamente—; ven a ver qué bonitos zapatos tengo.

—Me gustan más los míos—contestó Sabelina.

—Baja, que te contaré un cuento precioso, y tengo prisa porque no he barrido todavía mi casa.

—Corre a barrerla, y cuando vuelvas bajaré.

La bruja fué a su casa y volvió en seguida.

—Sabelina—gritó—; baja, rica, y mira qué lindo cinturón, cuajado de turquesas, llevo al talle.

—No me gustan las turquesas; prefiero las perlas—contestó Sabelina.

—Anda, baja pronto, que tengo prisa, porque todavía no he encendido la lumbre en mi fogón.

—Ve a encenderla, y volverás luego.

La bruja se fué, y no bien desapareció, Sabelina empezó a gritar:

—¡Liebres! ¡Liebres! ¡Acudid en mi auxilio!

Las liebres se estaban dando un festín de hierba tierna y fresca; mas al oír el grito de la niña, lo dejaron todo y corrieron hacia ella. Sabelina bajó del árbol, y los tres huyeron como el viento.

Ya la bruja volvía; pero su presa había desaparecido y no sabía hacia dónde encontrarla. Entonces se acercó a unos hombres que labraban un campo, y les preguntó:

—¿No habéis visto pasar a nadie?

Pero los labradores eran más sordos que otras tantas tapias y contestaron:

—Estamos sembrando judías.

—¿Os pregunto si no habéis visto pasar a nadie?—gritó la bruja, furiosa.

—No; blancas, no; son verdes.

—¿Que si habéis visto pasar a alguien?—gritó la bruja hecha una fiera.

—¿Estás sorda? ¡Te decimos que estamos sembrando judías verdes!

A todo esto, las dos liebres se acercaban con su protegida a la casa de la madre; el perro las oyó y ladró:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Aquí viene Sabelina!

Y el gato, que se paseaba por el tejado, las oyó y se puso a maullar:

—¡Miau! ¡Miau! ¡Aquí viene Sabelina!

Y el gallo las oyó, y desde el corral empezó a cantar:

—¡Kikirikí! ¡Kikirikí! ¡Aquí viene Sabelina!

La bruja oyó todo esto, y echó a correr en dirección a la casa. Ya los alcanzaba, en el preciso instante en que abrían la puerta. Sabelina pasó primero y luego las dos liebres. Pero tan cerca estaba ya la bruja, que le dió tiempo a agarrar a cada animal por el rabo y arrancarle cuatro pelos.

La pobre madre se apresuró a cerrar la puerta y a coger a su hija en brazos; luego abrazó también a las liebres y les dió las gracias y, para consolarlas de la pérdida de sus cuatro pelos, les colgó a cada una una campanillita de plata en la punta del rabo.

El buen Sol no se olvidó de Sabelina y de su madre, y a menudo fué a visitarlas; pero siempre en invierno, que es cuando su visita se agradece y no molesta.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.



EL CONDESTABLE DE LAS LETRAS

LOS DESAHUCIADOS RECUERDOS DE BARBEY D'AUREVILLY

LA Prensa de París nos ha referido cómo, por el egoísmo de un casero, han venido a quedar en mitad de la calle, siquiera sea metafóricamente, los recuerdos de aquel gran romántico que se llamó primero Barbey, y más tarde, arrastrado por su aristocratismo, Barbey d'Aurevilly.

Su ejecutora testamentaria, la señorita Luisa Read, sacerdotisa devota del culto al escritor desaparecido, pudo hasta hoy conservar incólume el cuartito de la calle Rousselet, donde habitara antaño el «condestable de las letras». Durante treinta años consecutivos, la veneración de esta mujer singular pagó la habitación, conservándose todo en ella como el día en que cerró los ojos el autor de *Las diabólicas*. Mas he aquí que el dueño del inmueble reclama el piso para vivir en él, y que la amenaza del desahucio se cierne sobre aquel santuario literario, donde un corazón de mujer ofrendaba sus devociones al recuerdo de uno de los más excelsos escritores franceses del siglo XIX.

Esta noble mujer, que cuenta en la actualidad setenta y siete años, presintiendo su próximo relevo inevitable en la custodia de tales recuerdos, ha creído prudente ejecutar por sí misma una instalación menos amenazada de posibles desahucios; por ello los muebles de Barbey d'Aurevilly van a ser llevados a su pueblo natal, Saint-Sauveur-le-Vicomte, en Normandía, reconstituyéndose el cuarto de la calle Rousselet, de París, en algunas de las salas del viejo castillo, hoy convertido en hospicio, donde en otro tiempo entregó su alma a Dios el abate León d'Aurevilly, hermano del autor de *El amor imposible*.

Débase a la señorita Read la reedición de las obras de Barbey, habiendo publicado once volúmenes de crítica, en los que se reúnen trabajos dispersos por periódicos y revistas, que no se conservarían a no haber sido por la devoción de esta anciana. En vida de Barbey, sus libros apenas se vendían, y a no ser por una renta de 2.000 francos, legado de un tío rico, el caballero de Montressel, y la ayuda del poeta Coppée, a quien Barbey había vapuleado con su crítica, apenas si hubiera podido vivir. Difícil su vida, Barbey no se daba cuenta de su pobreza, y prefería habitar en una guardilla, con tal de poder consagrar sus economías a la adquisición de alguna fastuosa corbata blanca, salpicada con motas de oro, cuyas alas sujetaba meticulosamente sobre su justillo de cachemira, como una gran mariposa.

Supo vivir, sin envidiar a nadie, escribiendo durante la mañana, en la cama y con lápiz, lo que por la tarde ponía en limpio. Las memorias de su infancia poblaron de relatos heroicos, vertidos de los labios de aquellos ancianos supervivientes de las terribles guerras de la chouannerie del Cotentin; mientras, sus ojos advertían la existencia llena de excesos en lances de juego y peligrosos amores, que llevaban los nobles de su región y los antiguos soldados del imperio. Más tarde, París y la vida de sus salones se le metieron en el cerebro como una humareda adormecedora. De todo ello extrajo los elementos de su embriaguez literaria, y se acostó a soñar sobre sus li-

brós lo que la vida no había querido darle, reaccionando con admirable estoicismo contra la tremenda crueldad de su destino adverso.

Su vida sedentaria ardía en la hoguera de su fervido fanatismo por la acción, y en su espíritu vibró constantemente la oposición entre las posibilidades de su naturaleza y las realidades de su vida; entre la existencia aventurera, suntuosa y magnífica de un lord Byron, para la cual sentíase inclinado desde la cuna, y aquel vivir mediocre, de obrero de las letras, que agazapaba su noble pobreza en el cuartito de la calle de Rousselet, donde vivió treinta años y murió rodeado por los cuidados de un ángel, que ha seguido velando por su fama después de muerto.

Barbey supo cubrir de misterio veinte años de su vida. Escribió de espaldas a su tiempo. Señor de una soberbia sin ambiciones, embozóse en ella con un amplio gesto de indiferencia, de altivez. Podría decirse que es un soberano precursor de nuestro Valle-Inclán, si la oración no se volviera por pasiva, pintando a Valle como remedo suyo. Pero es que a lo largo del tiempo y de la historia, las grandes figuras se reproducen en una larga cadena de supervivencias.

Por los recuerdos de infancia de Anatole France cruza la figura de Barbey d'Aurevilly

como un señor, «cubierta la cabeza con un sombrero de alas de terciopelo carmesí, inclinado sobre la oreja, y que, apretado el talle con una levita de ahuecados faldones, marchaba, golpeando con su látigo de montar el dorado galón de su pantalón *colán*». Algo así como una estatua andando.

Barbey d'Aurevilly es el hombre de las anécdotas, todas las cuales rezuman la altivez del gran despreciador de las humanas miserias, del hombre que vive sobre las pequeñeces y ruindades del mundo. Su gesto de desprecio traduce en todo momento la desilusión de aquel

que cerraba sus cartas con un sello donde se ostentaba un lema, a un tiempo resignado y sobrio, altivo y vencido: *¡Too late! ¡Demasiado tarde!*

Los periódicos franceses han resucitado, con ocasión del desahucio de sus recuerdos, multitud de estas anécdotas. Entre ellas tomamos una de las más curiosas, una historietita que alborozó al París literario y mundano del segundo Imperio.

Estaba de moda entonces ir a comer ostras al bulevar de los Italianos, a un restaurante llamado la Maison Dorée. Cierta día llegó al citado restaurante Barbey d'Aurevilly para almorzar el él, viéndose sorprendido por la contrariedad de no hallar ni una sola mesa vacante. Mirando a su alrededor, mo-

lesto, descubrió en un rincón una mesa bastante grande, ante la cual se hallaba sentado el vizconde Armando de Pontmartin. El vizconde y Barbey no eran buenos amigos, y cada vez que se tropezaban solían acabar medio riendo. No obstante, el deseo de Barbey de almorzar las celebradas ostras era tan grande, que, aproximándose a su adversario y saludándole con extremada cortesía, le dijo:

—Me obligaría usted infinito, señor, si me autorizase para sentarme en su mesa; no hay en todo el salón ningún sitio vacante...

El vizconde de Pontmartin, que se disponía a entendedérselas con una docena de ostras, alzó lentamente la cabeza y, después de haber mirado durante un instante a su interlocutor, respondió con tono indiferente:

—Lo lamento mucho, caballero; pero siempre como solo.

Retrocediendo un paso y asegurándose el monóculo, Barbey señaló con su bastón las ostras colocadas delante del vizconde y, con voz sonora, exclamó:

—¡Cáspita, señor; sin embargo, están ustedes trece en la mesa!

Estallaron en torno las carcajadas, creyendo todos los presentes que iba a pasar algo; pero el vizconde contentóse con hacer un gesto indiferente y proseguir su *tête a tête* con las ostras, mientras el «condestable de las letras» se alejaba de su lado, supremamente digno y magníficamente altivo.

—No te fíes—decíale al día siguiente uno de sus amigos—; el vizconde te enviará sus testigos.

—Imposible—replicó Barbey—; se los ha comido todos.

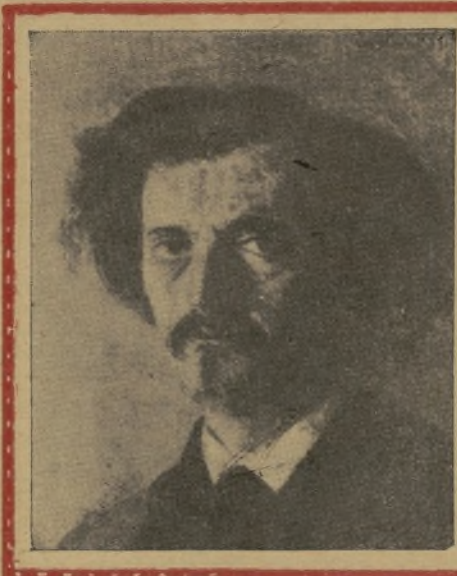
Insatisfecho del mundo en que vivía, Barbey d'Aurevilly fabricóse uno para su uso personal, un mundo de visiones y de fantasías; y en él cabalgó frenética y desbocadamente sobre la Quimera, azotándola implacablemente con el bastón-látigo que siempre llevaba consigo. Pero esto, seguramente no le evitó sufrir con la amarga realidad de sus fracasos.

Así ha podido decir Pablo Bourget: «Tengo la certidumbre de que, al fin, se daba cuenta demasiado exacta del aborto de todos sus deseos. Había soñado la acción, y todavía redactaba folletines a los setenta y seis años; su anhelo era una vida de elegancia, y habitaba una pobre guardilla...»

Ante el recuerdo de este gran aristócrata de las letras, que tan noble y desinteresado culto les supo rendir con su obra literaria, no es extraño que un escritor francés de nuestros días, comparando los de Barbey con los actuales, haya podido escribir lo siguiente:

«Sería de desear que en estos tiempos de industrialización de la literatura, en que tantos jóvenes escritores dan prueba de un abominable mercantilismo, el cuarto de la calle Rousselet hubiera sido conservado como un símbolo, como un punto de peregrinación para todos los que se sienten arrastrados por un gran destino intelectual y colocan el espíritu sobre todo. Es la suprema lección de elegancia moral dada por el viejo escritor al mundo moderno, donde todo le era hostil.»

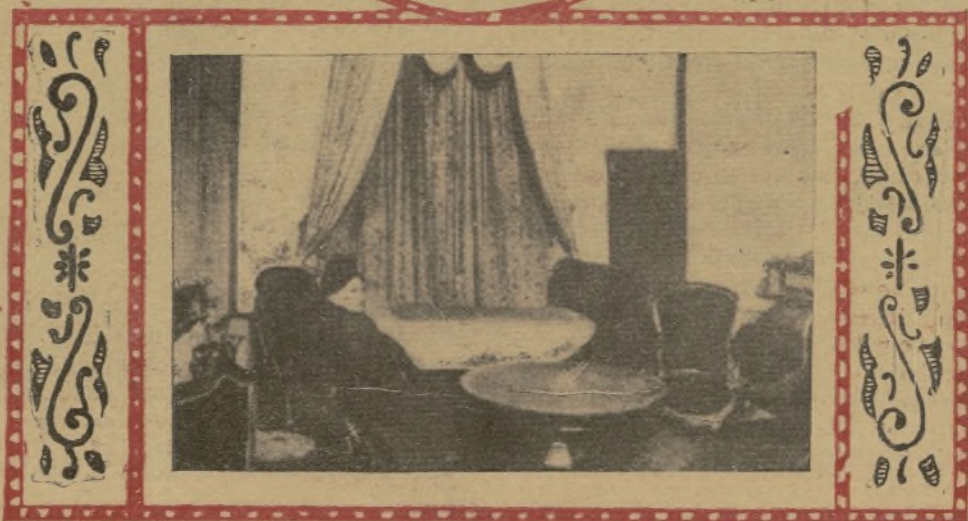
J. GARCIA MERCADAL



Barbey d'Aurevilly en 1860, por Carolus Duran.



Las armas de Barbey d'Aurevilly. En el círculo: su mesa de trabajo.



La alcoba donde murió Barbey d'Aurevilly, piadosamente conservada por Mlle. Read, su fiel amiga.

IMPRESIONES DE UN LECTOR.—«VERDADES SENTIMENTALES»

De todas las propiedades de un alma, la más excelsa es la inquietud. Así dice Victoriano García Martí en uno de los capítulos de su nuevo libro *Verdades sentimentales*, bellamente prologado por Cansinos Assens (a quien, dicho sea de paso, debo un comentario, que le dedicaré). Recuerdo haber escrito también, encabezando el catálogo de la exposición de un pintor humilde: «Este artista ha sabido forjarse una inquietud». ¡Forjarse una inquietud! He aquí el secreto de toda vida noble. Avanzar serenamente por el camino de Tebas o por el de Damasco; buscar la Esfinge o la Revelación...—Victoriano García Martí ha encontrado la Esfinge, y todo su libro es un soliloquio ante ella.

La base de este libro se encuentra en la antinomia de razón y vida, tan característica de nuestro tiempo, como reacción contra el intelectualismo absoluto. El título de la obra, *Verdades sentimentales*, aliando un adjetivo estético con un sus-

tantivo intelectual, nos da la norma de la posición del autor ante la vida y la conciencia. Un intenso afán de perfeccionamiento penetra esas páginas. Los valores éticos se destacan como producto de la armonía entre los intelectuales y los sentimentales, un poco a la manera como el Santo Espíritu procede del Padre y del Hijo en la teología cristiana.

La distinción entre el valor absorbente de los instintos, opuesto al valor expansivo de los ideales, se muestra como suprema regla de vida más que como conocimiento.

Esa obra es un nuevo síntoma de lo que, en mi concepto, caracteriza la tendencia actual del sentido filosófico: la unidad armónica entre las facultades espirituales, hasta ahora divergentes y aun opuestas. El predominio de una sola facultad, aun en su forma genial, puede producir grandes desviaciones de la marcha humana. Un predominio de la inteligencia a costa del sentido ético, engen-

drará un Maquiavelo. Una hipertrofia de sentido estético nos dará un Nietzsche. En cambio una exclusiva preocupación moral suscitará un Tolstói.

Creo que la palabra *idealismo* podría designar bien aquella conjunción de valores en un solo y fecundo impulso de mejora social, porque en esa palabra se juntan los tres momentos de la actividad espiritual del hombre: el *sentimiento*, la *idea* y el *anhelo*. Es la fecundación actuada por el hombre sobre la realidad, para depurarla, dignificarla y crearla. Ahí radica todo el valor de la utopía como mito conductor de la humanidad, como germen de nuevas realidades, creadas en su Génesis eterno, por la idealidad. El hombre que no sepa colocar ante su camino ese divino fantasma, no dejará ninguna estela luminosa tras de sí...

Esa estela guiadora es la que quiere dejar, con sus meditaciones, García Martí. Tan noble empresa merece todas las simpatías. Acaso el autor se haya dejado

dominar, excesivamente, por la austeridad del tema, y su estilo se resienta de alguna sequedad. La filosofía, como expresión literaria, es la reducción de los conceptos puros a imágenes; la plasmación de los raciocinios. Después de todo, la *Idea* misma es ya, por su significación etimológica, una imagen, un «rostro». Todo pensador es, a su manera, un escultor de ídolos. En suma: es un poeta. Debe hacer visible, sensible, tangible, lo inmaterial, esforzándose por reducirlo a *simulacro*, a *representación*. Claro está que en «ese» esfuerzo por materializar lo inmaterial existe una escala progresiva de valores expresivos, que va desde la fórmula algebraica a la fantasía poética, al mito y al dios.

Esa facultad magnífica flaquea en el estilo de García Martí. Pero como este excelente amigo tiene una fina sensibilidad de artista, no dudo que sabrá cultivar en su huerto de puritano esa flor de poeta.

Gabriel ALOMAR

UNA NUEVA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

HASTA los comienzos del presente siglo éramos deudores al extranjero, singularmente a Inglaterra, de los mejores Tratados acerca de nuestra literatura. Causa rubor el confesarlo; pero acusaría injusticia el no reconocerlo. Ticknor, Fitzmaurice-Kelly, Morel-Fatio fueron los primeros en levantar la hermosa fábrica, hoy colosal edificio, sobre los débiles cimientos de Lampillas (1778) y Andrés (1782). La decadencia que se inicia a fines del siglo XVII—ya Vélez de Guevara no era sino un eco de la centuria de oro—, dificultaron sobremanera toda inmediata labor investigadora; y a no haber sido por don Nicolás Antonio, nuestra bibliografía no se hubiera podido completar nunca. Es el español, en general, mucho más artista que erudito, dado a la improvisación y desdeñoso de las humanidades; más atento a ofrecer a otros investigaciones que a investigar por sí. Y no es cualidad de la raza, como muchos, entre ellos Merimée, han sostenido; sino que adolece de falta de preparación académica. Y ello es de modo, que cuando en los siglos XV y XVI hasta nuestras mujeres latinizaban—recuérdese el caso de Catalina de Inglaterra—, pudimos dominar el mundo.

El problema de España, por tanto, es problema de instrucción. Porque a ninguna ciencia o arte se entra sino por la puerta de la gramática.

Hacia 1860 la bibliografía española emprende firmes rumos. Aparece ya el *Catálogo del teatro antiguo español*, por don Cayetano Alberto de la Barrera; el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, por don Bartolomé José Gallardo; el *Catálogo de la biblioteca de Salvá*, etc. En orden a textos, corría desde años atrás la magnífica *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, que llegó a alcanzar setenta y un volúmenes, formidable empresa que hoy no se hubiera podido llevar a cabo; en seguida los *Bibliófilos andaluces*, los *Bibliófilos españoles*; en el extranjero, las *Colecciones de Baudry* (París, 1845-72) y de Brockhaus (Leipzig, 1863-87).

En crestomatías y antologías—cuya línea, a lo menos en importancia, se había perdido desde Pedro Espinosa—, rompen el fuego (rompen el hielo, diríamos con mayor propiedad) J. N. Böhl de Faber, con su *Floresta*; Quintana, con las *Poesías selectas castellanas*, y J. J. López de Sedano, con su *Parnaso español*.

Desde entonces a nuestros días, la historia de la literatura castellana, esforzándose por ganar siglo y medio de atraso, avanza de modo gigantesco, sacudiéndose de extrañas tutelas. Señálase el cúmulo de errores en que, a pesar de todo, cayeron los antes citados Ticknor, Fitzmaurice-Kelly y demás extranjeros. Las Academias publican interesantes boletines; nacen las *Revistas de Archivos, Bibliotecas y Museos*, la de *Filología española*, la *Crítica hispanoamericana*, la *Hispanique*, etc., y otras, por desgracia desaparecidas, que han contribuido enormemente a la cultura general, como *La España moderna*, la *Revista crítica de la Historia y Literatura españolas*, la *Revista Contemporánea*, la *Revista de España*...

A la historia literaria, en general, aportan su brillante concurso Amador de los Ríos, Navarro Ledesma, Sánchez de Castro, Alonso Cortés, Fernández Espino, Alcántara García y últimamente Salcedo. En cuanto a las bibliografías de escritores por instituciones, son ya dechados del género las de los jesuitas por E. de Uriarte, de los agustinos por G. de Santiago y de los dominicos por R. Martínez Vigil, sin contar las de los que pertenecieron a los Colegios mayores, por J. de Rezabal, que datan de más antigua fecha.

La *Historia de las ideas estéticas*, de Menéndez y Pelayo, así como los *Orígenes de la novela* y sus *Estudios de crítica literaria*, cierran el admirable trabajo de selección, depuración e investigación de un siglo entero. A partir de aquí la historia literaria se desenvuelve más desembarazadamente. Mucho queda aún por realizar; pero la parte espinosa está salvada. En el cenagoso camino de antaño era más fácil retroceder que ganar la otra orilla. Hoy mismo algunas de nuestras ediciones críticas nada tienen que envidiar a las de escritores clásicos del extranjero. No podemos, ciertamente, competir con Alemania o Italia en las anotaciones a textos griegos o romanos; mas no por otra cosa sino porque esta labor ha medio siglo que debía estar hecha, pues en la actualidad en pocas naciones se consagra atención a dicha clase de estudios, llevada a cabo en mejores tiempos.

La *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, la *Biblioteca Hispánica*, la *Clási-*

ca, la de *Escritores castellanos*, la de *Madridenses*, la de *The Hispanic Society of America* y los estudios y monografías de los dos Cotarelo, Pérez Pastor, Picón, Bonilla, Icaza, etc., han contribuido poderosamente a que la historia de las letras españolas pueda hoy desenvolverse por sí misma. Tanto, que infinitos juicios erróneos de Schack, Rennert, Cirot, Foulché-Delbosc y, sobre todo, de los pedantescos Merimée y Farinelli, se subanen sin esfuerzo y se les priva de su pretendida autoridad.

Merced a una escrupulosa selección de los trabajos aludidos, los señores don Juan Hurtado y J. de la Serna y don Angel González Palencia, el primero catedrático de Literatura de la Universidad de Madrid, y el segundo auxiliar de la facultad de Letras del mismo centro, han escrito una nueva *Historia de la Literatura Española*, que aventaja notablemente a las anteriores, y en la que, así por el plan como por el sistema mixto adoptado, consistente en la clasificación por géneros y el respeto, a la par, del orden cronológico, no hay cuestión que no se exponga con tino, dato que no resulte concreto, preciso y objetivo, ni materia en que la erudición no vaya de la mano de la sencillez, del buen gusto y de la amenidad.

En esta clase de *Historias*—y es error común en todas ellas—abundan las generalidades vagas. Puesto que nada significan, nada resuelven ni a nada conducen, a no ser al embrollo, los autores del tratado que nos ocupa, al prescindir de ellas, han procedido con buen acuerdo. A mi modo de ver, les evita de ulteriores rectificaciones.

Otro acierto es presentar a la cabeza de cada período, junto con los cuadros sinópticos, un resumen del carácter general del mismo. Con ello se establece un lazo de unión entre los diversos autores, obras y acontecimientos literarios. No menos felices han sido introduciendo en el curso de su labor someras indicaciones de cronología general de España. Libro que viene a cubrir una necesidad docente, servirá a los estudiosos para que puedan apreciar a un mismo tiempo el desarrollo de nuestras letras y la marcha de nuestra historia y civilización.

El aliciente de exponer el contenido de obras, comedias o leyendas, convida asimismo a la lectura. En este orden, la

Historia de los señores Hurtado y Palencia se aparta de lo vulgar y de la senda hasta ahora preconizada. Excita el interés y despierta la curiosidad. Sea de ello testimonio la narración de los argumentos de *El Gran Tacaño*, de *La vida del escudero Marcos de Obregón*, del *Guzmán de Alfarache* y de *El Lazarillo de Tormes*, así como de las principales comedias y dramas de Lope de Vega y Calderón. En estos extractos, a su fina sensibilidad de críticos añaden Hurtado y Palencia sus excelentes cualidades de escritores. Los capítulos sobre Cervantes, fray Luis de León y San Juan de la Cruz son también notabilísimos.

Pero donde los autores han desplegado su maestría es en las reseñas, aunque breves, de la historia de la literatura hispanolatina, hispanoarábica, hispanojudía y catalana medieval, por la relación que tienen con el desarrollo histórico de la literatura castellana y «por la influencia—como ellos dicen—que estas civilizaciones han ejercido en la formación del carácter y de la cultura de España».

Entre estas noticias sobresalen las referentes a la espléndida literatura hispanoarábica en los poetas Abulmajxi, Azobaidí, Abenzaidún, Almotamid, Abenzoar, Aluacaxi, Abensaid, la poetisa Racunia, de Granada, y Abulbeca.

Es digna de notarse la elegía de este último, quien, después de la conquista de Córdoba y Sevilla, lamenta la inminente caída del Islam en España. En ella se inspiró, sin duda, Jorge Manrique para componer sus célebres coplas. La traducción de don Juan Valera, con la misma combinación rítmica, no deja lugar a dudas:

“En todo terreno ser
sólo permanece y dura
el mudar.
Lo que hoy es dicha o placer
será mañana amargura
y pesar.
Es la vida transitoria,
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve a toda gloria
tiene el tiempo precioso
concedido.”

Y luego esta estrofa:

“¿Con sus cortes tan locas
del Yemen los claros reyes
dónde están?
¿En dónde los sasanidas,
que dieron tan sabias leyes
al Irán?”

En punto a dilucidación de yerros, la nueva *Historia de la Literatura* se hace indispensable libro de consulta, por haberse compilado a la luz de los últimos documentos y averiguaciones. Ya no se dirá, por ejemplo, siguiendo a Quintana, que el pretencioso y huero vate de Najerilla, don Esteban Manuel de Villegas, es el padre de la anacreóntica española. Con constar que ya antes de 1582 el conde de Haro, don Juan Fernández de Velasco, hizo una traducción en verso de Anacreonte, que se ha perdido casi por completo, y que Quevedo vertió íntegramente en 1609 las *Anacreónticas* del vate teyano, los señores Hurtado y Palencia muestran que la primera anacreóntica castellana se debe a Gutierre de Cetina:

"De tus rubios cabellos,
Dorida, ingrata mía,
hizo el Amor la cuerda
para el arco homicida.
—Ahora verás si burlas
de mi poder—decía—
Y tomando una flecha,
quiso a mi dirigirla.
Yo le dije: —Muchacho,
arco y arpón retira;
con esas nuevas armas,
¿quién hay que te resista?"

No es ésta precisamente una traducción de Anacreonte—y ahora hablamos

nosotros por cuenta propia —, sino una imitación, aunque bellísima, de la oda XXXIII de la *Antología Palatina*, atribuida al poeta de Teos, que comienza:

*Mesonyktiois poth' hōrais, enīēssē
strēphetai hōt' Arktos éda
katá cheira tēn Boōtoy.*
etc.

(Una vez, en las horas de la media noche,
cuando el Arctos [la Osa] se vuelve
hacia la mano de Bootes),
etc.

Ahora bien; este hallazgo de Gutierre de Cetina se presta a muchas reflexiones. ¿Dónde pudo hallar el famoso madrigalista sevillano la anterior anacreóntica, siendo así que las odas atribuidas al vate teyano no se publicaron hasta 1554, en París, por Enrique Esteban, que las descubrió en un manuscrito de la biblioteca palatina de Heidelberg, de que nadie tenía noticia, hasta el punto de ser hasta entonces opinión entre los eruditos el que, a excepción de algunos epigramas conservados por los antiguos gramáticos, las odas de Anacreonte habían perecido en los primeros siglos del Cristianismo? Muy difícil es que Gutierre de Cetina conociera la *editio princeps* de Esteban, aunque viajó por Italia y Alemania, pues

en 1554 hallábase en Puebla de los Angeles (México), y en este propio año fué allí herido, al pie de las ventanas de doña Leonor de Osma. No se sabe si falleció de resultas de tal lance, pero consta que en 1557 había ya muerto.

Volviendo a la obra de los señores Hurtado y Palencia—que, como se ve, es altamente sugeridora—, en lo que respecta a las biografías de los escritores síguese la norma de detallar suficientemente las de los autores medievales y de los siglos XVI y XVII, para decrecer, haciéndolas más sucintas, en las de los pertenecientes a los XVIII y XIX. Ello no es sino proceder con arreglo a la misma importancia de nuestras letras, pujantes en aquellos siglos y decadentes en éstos.

Una selecta bibliografía cierra el final de cada capítulo.

En fin, la nueva *Historia de la Literatura Española* es un alarde colosal de investigación—lo mejor en su género—, que debe llenar de orgullo a tan doctos cate-dráticos.

Luis ASTRANA MARIN

NOTA.—La carencia de tipo griego nos obliga a transcribir los versos de Anacreonte en escritura aproximada fonética.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502 - Madrid - Librería,
Caballero de Gracia, 28

Estos días han salido:

GUIDO DA VERONA

La mujer que inventó el amor. 5 pts.
Obra cumbre del gran escritor, manantial inagotable de bellezas, pasiones, arte y vida en suma.

MANUEL MACHADO

Ars moriendi..... 3,50 pts.
Delicadísimo verso del gran poeta, verdadera gloria castellana. Obra póstuma en vida, según declara el vate. Próximamente el primer tomo de sus obras completas.

JOSE FRANCES

Miedo 5 pts.
Agotada desde hace muchos años la primera edición de este libro, se lanza la segunda, severamente corregida y notablemente aumentada. Éxitos del mismo autor: *La raíz flotante* y *Sortilegio*.

HERNANDEZ CATA

El placer de sufrir..... 5 pts.
La reimpresión de esta conocida novela del gran escritor cubano, es heraldo de la próxima aparición de sus dos nuevos libros *Una mala mujer* y *La muerte nueva*.
Librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.

Imp. de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4.

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MAN-
TONES DE MANILA**, mantillas y trajes
de frac y smoking. — CALATRAVA, 9.

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros espejos y rotablos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

TURBINAS

para cualquier salto y caudal. — Etablis-
sements Benninger. Uzvil (Suiza). Pídanse
presupuestos gratis a Oficina Técnica
«Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20. — MADRID



Zorros Silka desde 80 pe-
setas. Medias seda torzal
irrompibles desde 6 pese-
tas. La casa que más ba-
rato vende estos articu-
los es
LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

Pedid Coñac Lion d'or

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos,
discos, objetos para regalos y **MAN-
TONES DE MANILA**.
SAN BERNARDO, 1.

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales
por ingenieros militares y capitanes de artille-
ría e infantería. Solicite lista de profesores y
de alumnos ingresados. — Fuencarral, 33; de
cuatro a nueve.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MO-
TOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO

LADRILLOS REFRACTARIOS

TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-85

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA

VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817. VELÁZQUEZ, 40. APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros indus-
triales, Correos, Telégrafos, Radiotele-
grafía, Auxiliares de Hacienda, Judica-
tura, Registros y preparación militar.
Gran Centro cultural, con brillantísimo
profesorado. — Magnífico internado para más
de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en
lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre
Colegio de Madrid

Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**
Presbítero



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la **NUTREINA** y los diferentes productos, a base
de plátanos, que prepara la Sociedad Española **NUTREINA**.

Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de
que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo
de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas,
se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID

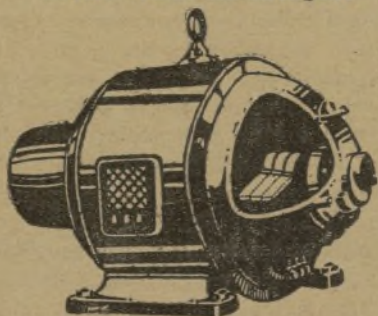
AEG

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato

A E G
IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza



Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

C. Flores

R. Leonís

Bailables
modernos

DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

C. Ortas

Óperas

Zarzuelas



Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos

FADAS—Peligros, 14 y 16—MADRID

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Café del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado.—Braserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.—Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.—Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

